

Puede ser que esté equivocado

Queridos lectores y amigos de "Vivir Valdemoro", aunque en el número del mes de febrero, Mariola García me hizo una magnífica entrevista con motivo de la presentación de mi novela "Tiempo de cerezas" soy nuevo en la revista y debo presentarme. Mi nombre es Ángel Utrillas, vecino de Valdemoro desde el año 1989. Trato de ser escritor aunque por ahora me he quedado en contador de historias (lo explicaré otro día). Y esto voy a hacer hoy, ejercer de contador de historias, relatar un suceso con cierto sabor de reivindicación, espero que os guste y compartáis conmigo su esencia y su mensaje.



Ángel Utrillas

Subo al autobús, digamos en la glorieta del Astronauta. Un hombre mayor apresura el paso para no perderlo, el anciano llega trastabillando, con las prisas y los nervios por mantenerse en equilibrio ante la inmediata marcha del vehículo se le cae un libro. Lo recojo y al entregárselo y cederle mi asiento veo el título, "El clavo" de Pedro Antonio de Alarcón.

— ¿Le gustan a usted los clásicos?— Pregunto al hombre señalando su libro.

— No, es un regalo para el concejal de cultura, ésta es una de las mejores obras que he escrito—. Sorprendido de su afirmación le digo que ese libro se escribió aproximadamente en 1850 y que su autor murió en Valdemoro el 19 de julio de 1891.

— Sí, lo sé, yo soy Pedro Antonio de Alarcón—, mientras el abuelo habla, presto atención a su físico, es calvo aunque conserva algo de pelo por la parte trasera de la cabeza, su poblada barba muestra algunas canas, viste camisa blanca algo amarillenta por el uso, traje y corbata de riguroso color negro. Sí se parece al famoso escritor o al menos a los retratos que yo he visto de él, aunque ese parecido no me hace variar mi convencimiento de que he topado con un chiflado—. De todos modos usted está en un error, mi muerte se produjo en mi casa de la calle Atocha de Madrid, me trasladaron allí al empeorar mi estado dos días antes del óbito.

— Pues lo veo a usted muy bien para llevar tanto tiempo muerto—. No pude evitar el comentario sarcástico.

— No se ría de mí joven, he aparecido hoy, 25 de mayo, fecha en que me hicieron un gran homenaje en Valdemoro, aunque aquello fue en 1919, para pedir un mínimo reconocimiento, hoy en día soy un autor por completo olvidado y quiero dar un par de ideas al concejal junto con este regalo—, dijo señalando el libro que reposaba en sus piernas enjutas.

— Y ¿qué propuesta va a hacer?— Pregunto dorándole la píldora—. No es fácil fomentar la lectura de obras del siglo XIX en nuestros días por muy interesantes que sean.

— Varias tengo pensadas, ¿acaso no hacemos pública lectura del Quijote una vez al año? ¿Por qué no hacerla del Sombrero de los tres picos el 19 de julio día de mi muerte o el 25 de mayo en recuerdo del homenaje que me rindió el pueblo de Valdemoro? ¿Por qué no crear un concurso literario con mi nombre que ayude a promocionar a escritores de Valdemoro, o incluso al propio pueblo de Valdemoro y de paso mi obra?

— De todos modos ya tiene usted aquí una calle, la antigua calle del Mediodía, allí estaba su casa, donde veraneaba y donde se retiró a vivir los últimos años de su existencia.

— Sí, pero los habitantes de Valdemoro no conocen de donde viene esa nomenclatura ni saben que en esa casa yo escribí muchas de mis obras, "El niño de la bola, El capitán veneno"... bueno me apeo en ésta—, adujo interrumpiendo la enumeración—, adiós y si puede usted, que también escribe y ama a este pueblo, ayudar a mis proyectos, se lo agradecería.

¡Qué buen actor el anciano loco! Qué bien se ha estudiado la vida de Don Pedro para desarrollar su papel, ¿pero cómo sabe él que escribo? Yo no lo he dicho—, pienso mientras me



Pedro Ant. de Alarcón

vuelvo hacia atrás para dedicarle una última sonrisa.

Y me quedo helado porque ya no está, ha desaparecido de repente de la calle, del mundo, de la vida. Algo preocupado decido consultar al conductor del autobús.

— Oiga por favor, por casualidad, ¿no habrá visto por el retrovisor hacia dónde se ha dirigido el anciano que ha bajado en la última parada?

— No he visto a ningún anciano dentro del autobús en toda la mañana.

Regreso al asiento donde estuvo el viejo, el libro estaba allí, lo recojo y me doy cuenta de que el espíritu de don Pedro me ha encomendado una misión, voy al centro cultural Juan Prado y le digo a mi apreciado Juan Fernando (concejal de cultura).

— Te traigo este libro, es un regalo de un conocido y quiero trasladarte algunas ideas tuyas para que las estudies y valores la posibilidad de ponerlas en marcha.

El sol de mayo ilumina la calle Estrella de Elola al salir del centro cultural, miro hacia el cielo y allí está, me parece ver de nuevo el rostro del anciano sonriendo, guiñando un ojo en gesto cómplice, agradecido por haber captado su mensaje, creo que hoy, 25 de mayo, he viajado en autobús con el espectro de Don Pedro Antonio de Alarcón y Ariza, aunque también puede ser que esté equivocado.